



## La terceridad en la familia: Hipótesis semióticas de las relaciones parentales masculinas

Manuel Mora Rosas

*El resultado final de la crianza de un hijo  
no es el hijo,  
sino el padre.*  
Frank Pittman  
(1993)

### **Paternidad y masculinidad:** ¿Abordadas por la posmodernidad?

El debate sobre las formas actuales de lo contemporáneo, desde el punto de vista del análisis cultural, ha girado en torno a los efectos de la globalización económica y la “mundialización” de la cultura, en tanto esta última aprovecha los recursos del mercado y de la información tecnificada y mediatizada para rebasar los límites de su territorio de origen. Alimentada por una imagen de vorágine y desenfreno (Giddens, 1998) y por la mercantilización de la vida cotidiana, la idea de *posmodernidad* permea el pensamiento científico, el filosófico y el político. Es un concepto que no sólo rebasa las fronteras entre lo público y lo privado, sino las fronteras entre culturas: Castells entiende este traslape entre fronteras como *multiculturalismo*, pues “el proceso de globalización tecnoeconómica que está moldeando



nuestro mundo está siendo desafiado, y acabará siendo transformado, desde una gran diversidad de fuentes, según culturas, historias y geografías diferentes” (Castells, 1999: 25).

Aunada a lo anterior, la perspectiva sobre la posmodernidad ha alimentado la crítica y la desmitificación del paradigma racionalista de la modernidad y el progreso, en donde la “reflexividad” del individuo (Giddens, 1998: 33) es elemento clave para comprender la constitución de las identidades: el sujeto se ve en la necesidad de preguntarse por las condiciones cambiantes de su entorno y por los efectos que este cambio genera en sus actividades cotidianas y en su condición de individuo, por lo que la reflexión que realiza tiende a la articulación de la *identidad del yo* con el complejo mundo de lo globalizado. Los desenclaves que genera la posmodernidad derivan en un reacomodo simbólico que el sujeto social debe reconocer, significar y apropiar para mantener un equilibrio entre la incertidumbre que provoca el cambio constante producto de la economía global, y el *aquí y el ahora* que le ayudan a contextualizar su existencia. Es lo que Santiago Castro-Gómez entiende como *crisis de la modernidad* o del *sistema-mundo* que conceptualizó Wallerstein: “la muerte de los metarrelatos de legitimación del sistema-mundo... equivale a un cambio de las relaciones de poder *al interior* del sistema mundo” en una suerte de “producción de bienes simbólicos” que estimula y produce las diferencias que la modernidad —como proyecto de configuración histórica del poder— había invisibilizado (Castro-Gómez, 2000: 156-157). En este sentido, es posible pensar que los mecanismos de desenclave de la posmoder-



nidad condicionan los distintos estratos de la vida social, reconfigurándolos hacia estructuras y funciones todavía no conocidas y poco intuitivas, especialmente cuando se trata de entender las formas y las estrategias de los actores sociales para interactuar con estos desenclaves (Mora, 2002: 41).

Tales condiciones de la posmodernidad son apenas el germen de otros sistemas organizativos de la vida social, que parecen perfilarse en la constitución de nuevas identidades culturales. La identificación de estos sistemas organizativos se está discutiendo nuevamente, luego de que el pensamiento posmoderno ha sugerido no sólo la deconstrucción de los sustentos tradicionales que daban coherencia aparente a la modernidad (como la idea del progreso continuo basado en las ciencias exactas o la racionalidad objetiva; la profesionalización de la fuerza laboral o el auge de la tecnología en beneficio del hombre; el Estado-nación o la familia nuclear; el modelo patriarcal o las identidades colectivas), sino la reformulación de esquemas de interpretación que derivan de dicha sugerencia, en un marco que busca reconocer cómo es que las fronteras del conocimiento se permean para producir identidades y procesos que renuevan los límites del ejercicio del poder.

Así, por ejemplo, el que George Marcus proponga generar una nueva interpretación de la realidad, a través de la etnografía multisituada (Marcus, 1995) o que Sibley reconozca la necesidad de una “lectura cultural” del espacio (Sibley, 1997 [2004]: 72), nos conduce a pensar las formas en que la posmodernidad (esa búsqueda económica y política del dominio del espacio y el tiempo,



como la define Harvey, 1998: 251) está transformando las relaciones económicas y culturales y las relaciones identitarias (de género, de etnia, de religión, de nación, de territorio, de ecosistemas; Castells, 1999: 24). Es decir, lo que se concibe como mundialización de la cultura implica la comprensión de un “nuevo modo de estar en el mundo” (Rosaldo, 1994, cit. en Barbero, 2001) un modo que indica la necesidad de ser reconocido, identificado en, por y para el mundo, desde la condición de la localidad pero también desde la posibilidad de los traslados internacionales que existen porque las regiones económicas generan condiciones de transterritorialización, y porque las tecnologías de información y comunicación devienen en comunicación inmediata, casi simultánea. Esta “cultura de lo mundial” en lo local abre la posibilidad de estudiar los fenómenos de las identidades no ya como un ejercicio de comprensión de la lógica que las estructuras sociales han imbuido en la discursividad de los actores sociales, sino como un complejo mundo en el que los usos y las apropiaciones de los recursos culturales se ven atravesados por las condiciones contextuales en las que los sujetos inciden para significar el mundo micro de lo cotidiano frente al mundo de lo macroestructural y unificante.

Por lo anterior, se entiende que la conformación de las identidades está intervenida por los procesos de significación y por la comunicación de esas significaciones. Pensar las identidades, en estos tiempos de globalización homogenizante y multiculturalismo localizado, es pensar en las estrategias que los actores sociales utilizan para reconocerse, ser reconocidos y reconocer a los otros en



su igualdad y su desemejanza (Augé, 1995). Es reconocer las formas en que se inauguran “nuevos modos de representación y participación social y política” (Barbero, 2001), modos que revierten los juegos tradicionales del poder para retar a las viejas instituciones políticas a que interpelen los deseos, las reivindicaciones, la necesidad de reconocimiento que demandan ahora los colectivos identitarios. Es comprender las formas en que las identidades de género, las étnicas, las generacionales, claman por un lugar, un espacio en el maremágnum de significación que se visualiza a través de la televisión, la radio o la internet, y que se anclan en los procesos sociales complejos, como la composición demográfica de las ciudades, la migración o la reestructuración de las fuerzas laborales y su profesionalización.

Pero, ¿cómo abordar a las identidades para entender esta nueva “cultura mundial”? Porque los procesos son múltiples y la necesidad de reconocimiento que las identidades parecen exigir en estos tiempos de flujos globales y reacomodos locales aparece en prácticamente todos los rincones culturales. Los criterios de elección tendrían, evidentemente, que considerar los factores arriba mencionados, y hay muchos ejemplos que articulan no sólo las luchas de poder entre identidades locales y poderes mundiales; pero hay otros, también, que operan en los espacios de la vida cotidiana y permiten observar la multidimensionalidad de estructuras simbólicas que las conforman.

En el caso de las identidades de género, la paternidad podría ser un “tipo ideal” para estudiar cómo es que operan las estrategias



de la posmodernidad en el espacio micro de la vida cotidiana, pues en ella se conjugan distintos rituales de paso, como el matrimonio o —ahora— el divorcio; de configuración identitaria —como el rol del “nuevo padre”—; de recomposición institucional, vía la reorganización de la familia hacia hogares con jefatura masculina o femenina, o hacia los hogares unifamiliares o plurifamiliares; de rejerarquización del poder —mediante la decantación del empleo hacia formas más individualizadas, fragmentadas y redirigidas a lo local a través de empresas multinacionales, y que tiene el corolario del ingreso de las mujeres a las fuerzas laborales—. Al mismo tiempo, la deconstrucción del modelo patriarcal hecha desde el feminismo ofrece nuevas posibilidades para reconstituir las identidades en un marco que reivindica las emociones como parte co-constitutiva de la simbolización de la vida cotidiana. De hecho, la coincidencia en el tema de las emociones que trabajan el feminismo, los movimientos de masculinidad en distintas partes de Europa y Estados Unidos —y más recientemente, en Latinoamérica— y la sociología de las emociones (Bendelow y Simon, 1998; Hochschild, 1998 y Crossley, 1998; Bericat, 2000), hacen que la identidad masculina y paterna sea un espacio idóneo para la etnografía multisituada: la dimensión de la identidad masculina, con sus códigos de conformación simbólica, se articula con los espacios que la vida cotidiana ofrece (hogar, familia, escuela, trabajo), con las condiciones de clase, con la territorialidad y con el ejercicio de anclaje que los varones realizan para constituirse como tales, todo dentro del marco de las estrategias de poder que la modernidad ofrece para ejer-



cer el control del espacio, del tiempo y del dinero (Harvey, 1998: 254-255).

Lo anterior lleva a pensar que la identidad paterna y masculina —al igual que otras identidades de género— existe en un marco situacional complejo, que la afecta pero que también resiente los resultados que la reflexividad de los actores y los grupos generan al reconfigurarse. El estudio de estas identidades plantea un problema metodológico, porque la identidad masculina y paterna, multisituada debido a las variaciones que se enraizan en lo posmoderno (padres divorciados, separados, viudos, que ostentan o no la patria potestad de sus hijos; padres desempleados, a medio tiempo o empleados a destajo, que devienen amos de casa; padres homosexuales o padres solteros que optan por la adopción o la inseminación artificial), plantea un camino de sendas múltiples de significado que pueden ser recorridas de distintas maneras: están los itinerarios de rutina que operan funcionalmente dentro de la vida cotidiana (la escuela de los niños, el trabajo), están los escenarios íntimos de la vida familiar, en donde el rol de padre se hace manifiesto a través del orden, la negociación y la conciliación; están los juegos de poder —económico, educativo, moral y religioso— que hombres y mujeres operan para dirigir a todos los miembros de la familia; están los espacios de competencia laboral, donde el hombre debe cumplir con los “mandatos de la masculinidad” (autonomía, liderazgo, racionalidad, arrojo, responsabilidad...; Olavarría, 2004: 46-48), y están también los espacios simbólicos de representación de las identidades a escala nacional y mundial, cuyos parámetros de definición de lo



masculino se discuten diariamente desde lo cotidiano de la localidad. El resultado de esta dinámica de interacción entre la formulación identitaria de género y los cambios de la sociedad posmoderna es un flujo de simbolizaciones que alimentan la dinámica de las propuestas de ser y de estar en el mundo.

En cierto sentido, el análisis de la identidad masculina y paterna—al igual que cualquier otra identidad—ofrece un objeto de análisis que no sólo es multisituado o multidimensional, sino que opera simbólicamente desde las acciones realizadas dentro de la vida cotidiana, lo que permite la posibilidad de reconocer tanto la recursividad y la significación de las prácticas en su contexto complejo, como las condiciones macroestructurales que la conducen dentro de la operatividad de los juegos de poder de las comunidades, en esa dialéctica de introyección-proyección que dinamiza los sistemas sociales.

### **Lo masculino: Lugar simbólico para la paternidad**

La discusión sobre la masculinidad ha tratado de encontrar diversas explicaciones para la constitución de su identidad de género. El traslado conceptual desde el machismo tradicional al “hombre sensible” y reconciliado con una dualidad interna que lo hace capaz de identificar y expresar sus sentimientos con relativa libertad, mediante la experiencia de la paternidad (Badinter, 1993: 198), se ha dado en el ínter de reflexionar sobre los arquetipos masculinos, los valores que los sustentan y la multitud de imágenes que circulan sobre ello en los medios masivos de comunicación.





Desde la lógica de las relaciones de género y sus implicaciones en la conformación simbólica de identidades, Robert W. Connell, en su libro *Masculinidades* (2003), revisa las distintas definiciones conceptuales que se han hecho sobre la masculinidad, para llegar a la conclusión de que:

En lugar de intentar definir a la masculinidad como un objeto (un tipo de carácter natural, un promedio de comportamiento, una norma), necesitamos centrarnos en los procesos y en las relaciones a través de los cuales los hombres y las mujeres viven vidas ligados al género. La *masculinidad*, hasta el punto en que el término puede definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (pp. 108-109).

El modo que Connell ofrece para comprender la masculinidad reactiva la clásica definición de Joan Scott (2000: 289)<sup>1</sup> sobre el género como categoría de análisis, pues le da importancia a su carácter procesal y relacional por sobre el efecto de poder que tales relaciones tienen en la vida social y las tensiones que generan. Sin embargo, aunque Connell no se arriesga en su definición a considerar las tensiones de poder que están explícitas en la definición de

<sup>1</sup> Joan W. Scott define el concepto de género como “una conexión integral entre dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (2000: 289). La primera parte de la definición comprende cuatro elementos interrelacionados: 1) símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples, pero también mitos de luz y oscuridad, de purificación y contaminación, inocencia y corrup-



ción; 2) conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas; 3) nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales (parentesco, economía, política, religión, legislación); 4) la identidad subjetiva. Respecto del último componente, Scott no refiere comentarios sobre las operaciones de configuración de la identidad subjetiva, toda vez que los tres elementos anteriores parecen articularse para conformar el último.

género de Scott, sí están en los análisis que el autor realiza para dar cuerpo a este concepto (2000: 133-242), de modo que para él es claro cómo la condición de poder del género es operativa en cualquier relación construida por hombres y mujeres. Esta implicación es fundamental para la condición de *lugar* de la masculinidad como espacio de interacción simbólica y para reconocer sus implicaciones políti-

cas y culturales en la conformación de las relaciones sociales. En este sentido puede entenderse a la *masculinidad* como un *lugar simbólico* en el que las relaciones de género se articulan para activar la vida social, de modo que hombres y mujeres transiten en él para configurar identidades subjetivas, códigos de género, estrategias de interacción social y la reproducción o resignificación de ideología.

Desde lo anterior, si asumimos que la paternidad es una de las dimensiones importantes de la masculinidad, dada su evidente agencia en la conformación de la institución familiar, puede entenderse que sea también una dimensión en la cual se cristalizan buena parte de los esquemas simbólicos del modelo masculino (la proveeduría, la responsabilidad, la capacidad de procreación, el control y la toma de decisiones sobre otros —pareja, hijos— entre otras). El imaginario general sobre la paternidad actual habla de procesos de transformación, de reacomodo y de recomposición del modelo patriarcal, aunque con ciertos matices, pues los estudios sobre el tema continúan encontrando contradicciones al respecto, mismas que se comprenden al reconocer el papel de la mujer en las transformaciones de la





vida laboral, gracias a su inserción a partir del inicio de los años ochenta, especialmente en América Latina, y en las transformaciones de la vida familiar que conlleva este fenómeno (Chant y Craske, 2003: 161 y ss., 194 y ss.; Montesinos, 2002: 43), y que permiten observar cambios importantes en las relaciones de pareja, en las relaciones familiares y, especialmente, en el modelo que sustenta a la familia.

No obstante, la imagen del padre emocional que se muestra interesado intensamente en la crianza contrasta con los estudios de género que hablan del incremento de las jefaturas femeninas en los hogares latinoamericanos (Safa, 2005; González de la Rocha, 2000), pues la imagen más común de la paternidad, en los estudios que se hacen en regiones específicas de América Latina (Gutmann, 2003; Viveros, 2003; Olavarría, 2003; Escobar, 2003), indica que esta condición dirige su reconfiguración desde lo masculino hacia un reconocimiento no sólo de las condiciones sociales del hombre como actor social, sino también de la condición *emocional*, que culturalmente está, si no vedada, por lo menos sí disminuida en el modelo hegemónico que define lo masculino en nuestra cultura. Así, se entiende que el análisis de la paternidad se construya desde distintos puntos de vista, como el de Gutmann, quien propone estudiar la constitución de la identidad masculina desde “lo que los hombres dicen y hacen *para ser hombres*, y no sólo en lo que los hombres dicen y hacen” (Gutmann, 2000: 43-44). O la postura de Montesinos, quien proclama una búsqueda por comprender la “re-troalimentación simbólica” entre individuo y sociedad, y a través



de la cual el hombre reproduce esquemas introyectados de acción para el rol de padre (Montesinos, 2002: 173), lo que derivaría en comprender la paternidad desde su aspecto *simbólicamente* operativo: la práctica que se entiende a partir de la asunción de ciertas actitudes y actividades derivadas de la situación de procreación (sea ésta consentida o no por el individuo) y las responsabilidades que genera. En otras palabras, la discusión es por lo observable del fenómeno: o se observa la *acción exterior* —es decir, la operatividad de las prácticas en el seno de la vida social—, o se observa el *valor simbólico* que sustenta dicha acción. Mientras en la observación de la acción se reconoce la experiencia inmediata, concreta, en la observación de lo simbólico o representativo se comprende el significado de esa acción, en un marco de representaciones con sentido que articula la acción con el significado (impuesto o asumido) que el hombre como padre asigna a su experiencia.

De aquí que el interés por el aspecto emocional de la masculinidad se dirija a comprender no sólo los rasgos sociales, económicos y

culturales que reflejan los cambios que el denominado modelo hegemónico de masculinidad sufre en nuestros tiempos, sino hacia la apropiación y la significación que los hombres como padres construyen sobre la emoción que articula la acción y el sentido de su parentalidad.<sup>2</sup> Por tanto, el análisis requiere, por un lado, comprender las relaciones que existen entre los códigos de masculinidad y las variaciones en el ejercicio de la paternidad y, por el otro, revisar

<sup>2</sup> El concepto de parentalidad está actualmente en discusión. De raíces anglosajonas (*parenthood*) o galas (*parentalité*), el traslado conceptual a nuestra lengua produce ciertas confusiones en tanto no existe un concepto similar en ella. Sin embargo, los estudios de género han introducido términos como el *matemaje*, que hace referencia a la práctica de crianza que las mujeres, como madres, realizan en su cotidianidad, por lo que la tendencia ha sugerido la posibilidad de un *patemaje* o *parentalidad* que conciba la contraparte masculina. Una buena discusión sobre esta acepción puede encontrarse en el texto de Claude Martin titulado *La "parenta-*



también la dimensión emocional de la acción social en tanto vínculo significativo entre la identidad y la acción, entre el yo y la agencia (Mora, 2005: 10-14).

*lidad*": *Controversias en torno de un problema público*, traducido por Victoria Linazasoro y de próxima publicación en español.

La discusión, entonces, estriba en identificar las articulaciones que la paternidad, la masculinidad y la emoción *masculina* generan para reconfigurar la identidad del género en la actualidad, no sólo desde el punto de vista cultural, sino desde la misma percepción y experimentación de la realidad a través de sus propios códigos (Kindlon y Thompson, 2000), y de los efectos que éstos tienen en la interacción con otras personas.

Por tanto, para entender no sólo el ejercicio de la paternidad como una manifestación de la masculinidad, sino también su elemento afectivo, como recomienda Montesinos, y especialmente la "retroalimentación simbólica" entre individuo y sociedad, es necesario estudiar y comprender las variaciones que la paternidad manifiesta en nuestros días dentro de un marco que explique los efectos no sólo sociales y económicos, sino emotivos y significativos que tiene la posmodernidad en los significados de la paternidad y en las transformaciones que su nueva condición genera en el reordenamiento de lo masculino.

### **Paternidad: No sólo cuestión de tiempo**

El ejercicio de la paternidad y de la maternidad, como aspectos reformulantes de la identidad del hombre y de la mujer, han generado discusiones importantes sobre su constitución y los efectos que



<sup>3</sup> Por ejemplo, la discusión de Marie-Agnès Barrère-Maurison, Sabine Rivier y Olivier Marchand, *Tiempo de trabajo, tiempo parental. La carga parental: Un trabajo de media jornada* (2001), que analiza el tiempo dedicado al ejercicio de la parentalidad y en el que están incluidas todas aquellas actividades “efectuadas por los padres para o con sus hijos. Se trata, por una parte, del tiempo dedicado a ocuparse de los hijos: vestirlos y bañarlos, darles de comer, jugar con ellos, pasar con ellos tiempo fuera de casa, llevarlos a la escuela, acompañarlos en sus actividades extraescolares, ayudarlos en sus deberes escolares; por otra parte, se trata también del tiempo dedicado a los adolescentes: hablar, mirar juntos un programa de televisión, etc.” (p. 10, ver en: <http://168.83.32.24/www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/trabajoygenero/docbarrere.pdf>). En el caso de México, el INEGI publicó los resultados de una investigación sobre el uso del tiempo en las familias mexicanas, en el que se incluye “cuidar niños que formen o no parte del hogar, llevar y/o recoger a algún miembro del hogar (escuela, trabajo, etc.)”, dentro de la categoría de análisis “actividades que se efectúan al interior de la vivienda”, dejando fuera de la investigación a la socialización, en la que estaría incluida la interacción entre los miembros de la familia, tal y como Barrère lo define. Esta distinción supone, al menos, la necesidad de clarificar la interpretación que supone el ejercicio de la parentalidad y una adecuación a sus límites conceptuales. Cfr. “Uso del tiempo y aportaciones en los hogares mexicanos”, INEGI, Aguascalientes, 2000, p. 7.

su práctica tienen tanto en la reproducción de la cultura como en la significación que de ésta hacen los miembros de la familia. La tendencia actual, en distintos países, conduce a entender el ejercicio de la paternidad y de la maternidad como un conjunto de actividades que derivan de la procreación: la responsabilidad por el desarrollo integral de los hijos (crianza, alimentación, educación, esparcimiento); el trabajo que ello implica,<sup>3</sup> o la complejización de esta actividad que deriva de las condiciones monoparentales<sup>4</sup> y sus implicaciones jurídicas,<sup>5</sup> entendido todo lo anterior desde la concepción de estos comportamientos segregados según el género (Wainerman, 2002: 203). Esta interpretación sociológica de la experiencia del padre y de la madre permite distinguir que existe un tiempo dedicado exclusivamente al cuidado de la prole, así como la distribución de actividades dentro de ese tiempo y las implicaciones que tiene su consideración como trabajo, mismo que ha sido conceptualizado según cuatro perspectivas teóricas, que enumera Catalina Wainerman:

a) La ideología de género, que se entiende como un “conjunto de valores internalizados y de ideales de género que moldean las motivaciones de las personas y, por su in-



termedio, sus conductas, llevándolas a realizar aquellas tareas que consideran adecuadas socialmente para su género y a rechazar las que se consideran adecuadas para el otro género”.

**b) La teoría** de los recursos, que postula que “...la división del trabajo en las familias de sociedades industrializadas depende de los recursos diferenciales que los cónyuges aportan al matrimonio y que pueden transar en el mercado fuera de la relación conyugal”, y que incluye ingresos, prestigio profesional y nivel educativo; esta división construye una imagen de las actividades hogareñas como “engorrosas” e “indeseables” y, por ende, la aceptación o el rechazo de estas actividades está en relación directa con quien tiene más poder al interior de la relación familiar. De acuerdo con Wainerman, esta teoría se apoya también en la teoría de la “nueva economía doméstica”, que presupone una “racionalidad en las decisiones y la unidad de intereses de ambos cónyuges”, misma que permite a los cónyuges una evaluación de los costos y beneficios implícitos al emplear “sus capitales diferenciales en tareas de dentro o fuera de la familia”.

<sup>4</sup>Para una comprensión clarificadora del concepto de “monoparentalidad”, cfr. Sara Barrón López. “Familias monoparentales: Un ejercicio de clarificación conceptual y sociológica”, *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. España*, 2002 (ver en: <http://www.mtas.es/publica/revista/numeros/40/Estudios01.pdf>). En México, el INEGI sólo distingue la monoparentalidad desde el punto de vista de la jefatura femenina (cfr. “Uso del tiempo y aportaciones en los hogares mexicanos”, p. 10).

<sup>5</sup>En Chile, por ejemplo, el colectivo Padres por la Igualdad Parental proponen una reforma a la Ley de Filiación, a la ley de pensión alimenticia y a la ley de visitas, para que sean sustituidas por una ley de divorcio que contempla “un modelo de Tuición Compartida, modelo familiar que está orientado a que ambos padres compartan los derechos y obligaciones en forma equitativa, erradicando el concepto de custodia y conservando el uso conjunto de la patria potestad”. Cfr. <http://www.geocities.com/papahijo2000/declara1.html>



c) La perspectiva de la disponibilidad de tiempo; en tanto variante de la teoría de los recursos, se centra “en los modos en que los miembros de la familia distribuyen su tiempo entre el mercado y el trabajo doméstico”; esta perspectiva, dice Wainerman, no pregunta por qué son los varones “quienes tienen menos tiempo para el ‘segundo turno’ que las mujeres; se lo toma como un hecho dado, natural”.

d) Finalmente, la conceptualización sobre el “curso de vida”, que busca centrarse en el papel explicativo de “la secuencia o duración de eventos o transiciones en la vida de las personas” (Wainerman, 2002: 203-204), y su influencia en la construcción del significado de las actividades cotidianas en relación con la identidad individual.

En México, la tendencia sociodemográfica se inclina por el análisis de las actividades cotidianas según la tercera perspectiva teórica, para mostrar las maneras en que hombres y mujeres distribuyen su tiempo en las actividades relacionadas con la responsabilidad que se tiene con los hijos, así como las asimetrías que, por género, se hacen manifiestas al momento de comparar el tiempo dedicado a tales actividades y el tipo de actividades que cada género desempeña. Con este objetivo, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) ha realizado dos encuestas nacionales sobre el uso del tiempo, una en 1996 y otra en el 2002. Según la





encuesta de 1996, la distribución porcentual del tiempo que hombres y mujeres destinan al trabajo doméstico y al cuidado de los niños es considerablemente diferente según el género y los rangos de edad: los hombres entre 15 y 29 años destinan 3.6% de su tiempo al trabajo doméstico y 2.8% al cuidado de los niños, mientras que los que tienen entre 30 y 44 años destinan 3.2% de su tiempo al trabajo doméstico y 4.2% al cuidado de los niños. En contraste, las mujeres jóvenes (15 a 29 años) destinan 25% de su tiempo para el trabajo doméstico y 15.9% para el cuidado de niños, mientras que las mujeres entre 30 y 44 años dedican 35.9% al trabajo en el hogar y 15.8% lo invierten en el cuidado de los niños (INEGI, 2000: 19). Esta distribución porcentual se torna más fina al considerar el estado conyugal: para los hombres casados o unidos la tasa de participación (es decir, aquéllos que reportan que sí participan en el hogar y en el cuidado de los niños) es de 58.9%, mientras que para las mujeres en esa misma condición es de 98.5%; en contraste, la tasa de participación en los hombres separados, divorciados o viudos aumenta hasta 71.4%, mientras que para las mujeres en esa misma condición disminuye hasta 90.4% (INEGI, 2000: 24).

En contraste, la encuesta sobre el uso del tiempo levantada en el 2002 muestra variaciones en la distribución porcentual que los hombres destinan a dichas actividades e interesantes modificaciones en las horas que las mujeres invierten en ello: a) para las mujeres de entre 20 y 49 años se observa que destinan 5.9% en promedio al cuidado de los niños, y 27% en promedio para el trabajo doméstico, y b) para los hombres de entre 20 y 49 años se registró un prome-



dio de 2.16% horas a la semana destinadas al cuidado de los niños, y 4.8% de horas a la semana destinadas para el trabajo doméstico. Aunque ambas encuestas enfatizan las asimetrías de género en los usos del tiempo, el análisis de estas distribuciones no ofrece indicios que muestren tanto las razones por las que varían estas tasas, como las significaciones que los hombres o las mujeres hacen de ella, lo que deja un vacío conceptual importante en la comprensión del fenómeno. En el caso de la paternidad, es todavía más interesante la ausencia de análisis de esta significación, puesto que la tasa de participación en lo doméstico y en la crianza, al momento de la separación, el divorcio o la viudez aumenta casi 13% (INEGI, 2002: 25). Por tanto, cabe preguntarse: ¿Cómo es que esta variación repercute en la simbolización de la vida cotidiana para hombres y mujeres? ¿De qué modo podemos pensar en reconocer las estrategias que cada género utiliza para significar —o resignificar— su condición parental? ¿Podemos ir más allá de la descripción sociodemográfica para comprender las condiciones simbólicas de esa parentalidad, a la luz de la teoría de género? ¿Cómo es que los hombres, como padres, simbolizan, ritualizan y significan esta actividad? Y, ¿cómo articular la multidimensionalidad de la actividad parental (proveeduría, educación, normatividad y reproducción de los modelos simbólicos de género para hombres y mujeres, normatividad y reproducción de las emociones...) con la experiencia individual del hombre o de la mujer, según su condición de género o de clase, según su condición de padre o madre? Es decir, existe un vacío conceptual que explique el origen de las condiciones *simbólicas* que



generan la paternidad y la maternidad y de la significación que los sujetos construyen de esta condición de género.

En el caso de la paternidad, el análisis de esta situación implica considerar, como se ha dicho, no sólo la introyección del modelo de masculinidad dominante (y las recomposiciones que los sujetos hacen del mismo), sino la emocionalidad que está implicada en la reproducción del modelo patriarcal, en el eje de la experiencia individual. Es decir, el análisis implica reconocer la posición del sujeto en su contexto, la experiencia que vive como padre y la significación que construye cotidianamente no sólo para sí, sino en relación directa con los otros miembros de la familia nuclear (la madre y los hijos) y en relación indirecta con quienes la circundan (los lazos familiares, la condición laboral, el contexto cultural). Se hacen necesarios modelos conceptuales y metodológicos que permitan recorrer esas sendas de significado que articulan la condición de género del hombre con el ejercicio de su paternidad y en el contexto multisituado que lo enmarca. Dada la importancia que tiene la estructura simbólica de la acción social, en este caso identificada desde la perspectiva del ejercicio de la paternidad, y asumiendo que la identidad masculina se recompone a través de la resignificación de su estructura simbólica a partir de los nuevos sentidos propuestos por las emociones producto de la paternidad, se asume aquí que es posible acercarse a la cultura de la masculinidad y la paternidad desde el análisis semiótico, en conjunción con los aportes de la teoría de género y la sociología de las emociones, en un marco interpretativo que comprenda tanto la experiencia situada del va-



rón en el ambiente doméstico, como las emociones que derivan de esta inserción y las consecuencias o los efectos que estas emociones ejercen en la configuración de las identidades masculinas.

La aportación de esta propuesta de análisis se centra, por un lado, en la normativa que ofrece el modelo hegemónico de masculinidad para quienes transitan por la paternidad y, por el otro, en las formas en que este modelo es apropiado y resignificado por los hombres desde sus contextos. Los estudios mencionados con anterioridad muestran que los hombres, en tanto padres, adaptan la normativa del modelo patriarcal y se permiten jugar con sus significados y sus reglas para construir su propia identidad. Así, esta mirada desde lo masculino puede ayudar a comprender cómo es que la normativa emocional masculina (con sus indicaciones sobre la expresividad) conduce a nuevas formas de apropiarse del modelo para transformarlo y reconocer los límites y los alcances de estas aparentes transformaciones en el contexto de la vida cotidiana. Esto no puede ser entendido si no comprendemos cómo es que las emociones articulan la situación en la que emergen con las reconfiguraciones identitarias: es necesario introducirse en el aspecto emocional para identificar aquellas emociones que predominan en el imaginario de los padres y los efectos que tienen en la operatividad de su acción. Dicho de otra manera, no es posible entender las recomposiciones simbólicas que la paternidad hace en las identidades masculinas si no comprendemos, primero, la base emocional de este rol y los motivos que derivan de esta base para detonar decisiones, cursos de acción y reformulaciones en los hábitos, en las prácticas y en los espacios en



los que estas prácticas suceden. De esta forma, el que se entienda aquí a las emociones como *sentimientos asociados a pensamientos en situación* (Wierzwika, 1999), ayuda a reconocer no sólo la diversidad de significados asociados a las emociones fundamentales (amor, miedo, vergüenza, inseguridad, felicidad, por ejemplo), sino las relaciones entre las múltiples situaciones emocionales y los significados que de ellas deriven para asimilar los procesos de la vida cotidiana. De aquí la importancia de entender que la construcción de las identidades masculinas en la paternidad conduce a los procesos de *semiosis social* que los hombres operan para construir sus definiciones respecto de la identidad de género y las manifestaciones que de ella derivan.

### **La terceridad en la familia (y algunas hipótesis sobre las construcciones simbólicas de la paternidad)**

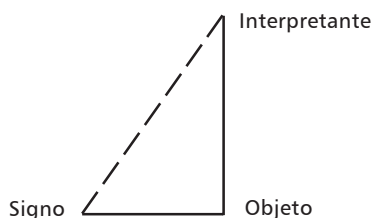
El modelo hipotético que se propone está diseñado para reconocer las múltiples combinaciones de significado que genera la experiencia de la paternidad, desde distintos ángulos o ejes de significación, y conocer así las variaciones en las estructuras simbólicas de la identidad paterna y masculina, ya que se entiende que la experiencia de ser padre está sustentada en una historia personal cuyo fundamento es la identidad masculina. El modelo puede denominarse *estructura tridimensional de la paternidad* y se define a partir de la teoría de la semiosis social propuesta por Charles Sanders Peirce,<sup>6</sup> la cual explica la estructura de la significación a partir de un mo-

<sup>6</sup> De acuerdo con la interpretación de Jensen, Peirce entendía la *semiosis social* como un proceso continuo de interpretación basado en la interacción del hombre con la realidad, como un *continuum* de significación e interpretación de conceptos (Jensen, 1995: 23-24).



delo triádico en el que se asocian un objeto, un signo y un interpretante que conduce la relación entre los dos primeros (Jensen, 1995: 22-23 y ss.):

### Gráfico 1. Relación signo, objeto, interpretante



Tomado de Klaus B. Jensen. *The Social Semiotics of Mass Communication*. SAGE, Londres, 1995, pp. 16-22.

La teoría de Peirce sobre los signos explica que la conformación del significado se centra en la relación que existe entre signo y objeto, mediante la intervención de otro signo u objeto que funge como interpretante. De acuerdo con Peirce,

Un signo, o *representamen*, es algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, tal vez, un signo más desarrollado. Aquel signo que crea lo llamo *interpretante* del primer signo. El signo está por algo: su *objeto*. Está por ese objeto no en todos los aspectos, sino en referencia a una especie de idea...<sup>7</sup>

<sup>7</sup> En *Fundamento, objeto e interpretante*, texto tomado de MS 798 [On Signs] c.1897 2003, trad. castellana de Mariluz Restrepo, 15/10/2003, en: <http://www.unav.es/gep>



El papel de los interpretantes, entonces, es complejo: son “signos por medio de los cuales las personas se orientan hacia, e interaccionan con una realidad de varias cosas, circunstancias y discursos... Al ser un signo, el mismo interpretante evoca otro interpretante...” (Jensen, 1995: 18 y ss.) De hecho, la interpretación (asociación de un signo interpretante con un objeto o con otro interpretante que sea su objeto de significación) es un “proceso continuo de la interacción humana con la realidad” (Jensen, 1995: 18 y 55): puesto que el interpretante es, a su vez, un signo que está asociado a un objeto, la significación se traduce en una secuencia *ad infinitum* de asociaciones simbólicas que se construyen a partir de la interpretación que el actor social realiza respecto de la realidad que lo circunda.

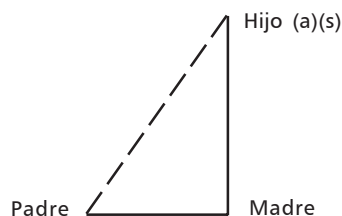
Esta secuencia de significación obedece, según la teoría de Peirce, a la distinción ontológica de los interpretantes, que funge como base fenomenológica de la semiótica triádica de Peirce: una función primera (*Firstness*) que comprende “las cualidades de los fenómenos...” (colores, formas, texturas, sensaciones, calificativos, por ejemplo); una función segunda (*Secondness*) que comprendería “los hechos reales”, es decir, el objeto susceptible de significación; y una función tercera (*Thirdness*) que Peirce llama “leyes” y que puede entenderse como “pensamiento” o “idea” en tanto cierta regla de significación que se repite o aparece como constante sobre el objeto, y que opera como *mediadora* “entre el significado discursivo y la acción social” (Jensen, 1995: 27 y ss.). Así, la función tercera, o *terceridad*, permite la construcción de sentido entre un



signo y su objeto, de modo que puede asumirse como *interpretante final* aquel signo o interpretante que construye una relación definitoria sobre el sentido asignado a un objeto.

Si se hace el ejercicio de aplicar la función de *terceridad* a la constitución de, por ejemplo, las identidades; se complejiza la concepción tradicional que indica una relación uno-a-uno en su definición (opresor-oprimido, patrón-obrero, rico-pobre, blanco-no blanco, hombre-mujer, heterosexual-homosexual, adulto-niño), y que ha caracterizado a los estudios sobre las identidades. En el caso de la familia, la función de *terceridad* de los signos interpretantes puede ayudar a comprender la complejidad que representa la interacción entre tres o más de sus miembros, así como las definiciones que padres, madres e hijos construyen entre sí sobre ellos mismos y sobre los otros. De este modo, y dado que la semiosis permite asignar la relación triádica a cualquier relación entre signos, es posible asumir que existe una relación triádica en el seno de la vida familiar:

**Gráfico 2. Relación triádica de la familia**







La interpretación de cada vértice de la relación permite ver que cada uno de los signos se posiciona en la función de *primeridad*, *segundidad* o *terceridad* según se desee comenzar el análisis: dado que los signos pueden jugar también el papel del interpretante o del objeto, cada uno de los integrantes del núcleo familiar puede ser reconocido por el otro (o los otros) a la vez que como el objeto hacia el cual se construye sentido (los hijos hacia cada padre, el padre hacia los hijos o hacia la madre; la madre hacia los hijos o el padre; incluso los hijos entre sí, aunque tendría que construirse un modelo de asociación triádica según el número de hijos), ya como el signo que los configura, ya como el interpretante que los interpela para producir otros sentidos. Esta interpretación semiótica de las relaciones familiares explica el porqué de la complejidad en las relaciones entre padres e hijos y, al mismo tiempo, explica cómo es que las relaciones de pareja se componen y adquieren significado a partir de la llegada de los hijos, y también cómo es que las identidades de género pueden constituirse desde la vida familiar.<sup>8</sup>

No obstante lo anterior, es importante reconocer que cada uno de los miembros de esta tríada simbólica tiene, a su vez, su propia experiencia como sujeto, de modo que haría falta pensar en cómo se formula cada una de las identidades que interactúa en ella. Para efectos de esta discusión, se centra la atención en el rol del padre y se propone un modelo de construcción de la identidad paterna y mas-

<sup>8</sup>. Evidentemente, el modelo triádico descrito aquí hace referencia a la relación heterosexual dentro de una familia nuclear. No obstante, los signos relativos al ejercicio de la parentalidad (padre, madre) pueden ser sustituidos según se trate de familias constituidas por dos padres o dos madres. Igualmente, la ausencia de padre, de madre o de hijos implica construcciones simbólicas que definen las identidades de los signos que pudieran estar presentes. Así, pueden establecerse relaciones triádicas padre-padre-hijos, madre-madre-hijos, padre-no madre-hijos, no padre-madre-hijos, no padre-no madre-no hijos, lo que hace al modelo de *terceridad* una herramienta útil para fines metodológicos en la formulación de las identidades de género y las dinámicas internas de las que se ha dado en llamar “nuevas familias” o “familias alternativas”.

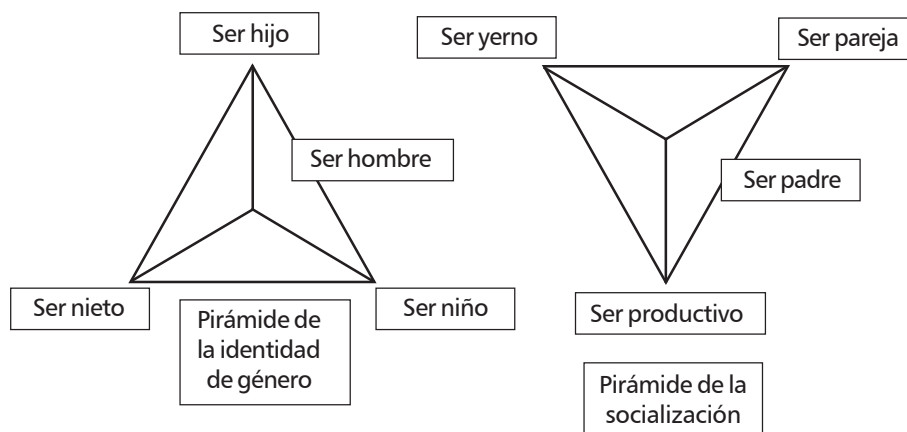


culina que intenta recuperar su multidimensionalidad. Este modelo se basa también en la tríada de significación propuesta por Peirce, a la que se le ha asignado una perspectiva tridimensional, dividida en dos partes:

### Gráfico 3. Estructura tridimensional de la paternidad<sup>9</sup>

#### 3.1. Pirámides de significación

<sup>9</sup> Diseñada el 04/05/04.



En el modelo se conciben dos pirámides de estructura simbólica: la *pirámide de la identidad de género*, llamada así en función de representar aquellos componentes *simbólicos* de la identidad que hacen referencia al género asignado, y en tanto signos interpretantes que ayudan al sujeto a construir la significación que sobre lo masculino formula el sujeto para conformar su identidad y que permanece



relativamente estable hasta antes de la noticia de la gestación y la posterior experiencia de la paternidad. En esta pirámide de la identidad de género pueden reconocerse las relaciones de sentido que existen entre la condición de género (varón) y las etapas fundamentales de su constitución, siempre desde una perspectiva biográfica contextualizada social, cultural y emocionalmente. En resumidas cuentas, representa simbólicamente las apropiaciones del modelo de masculinidad que el sujeto opera desde su experiencia como hombre:

...personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, proveedores, cuyo ámbito de acción está en la calle, por oposición a las mujeres, a los hombres homosexuales y a aquellos varones “feminizados”, que serían parte del segmento no importante de la sociedad, pasivas/os, dependientes, débiles, emocionales y, en el caso de las mujeres, pertenecientes al ámbito de la casa y mantenidas por sus varones (Olavarría, 2004).<sup>10</sup>

En contraste, la *pirámide de la socialización* permite reconocer la articulación de la identidad inherente del varón con las posiciones sociales que adquiere al momento de identificarse como padre y con las

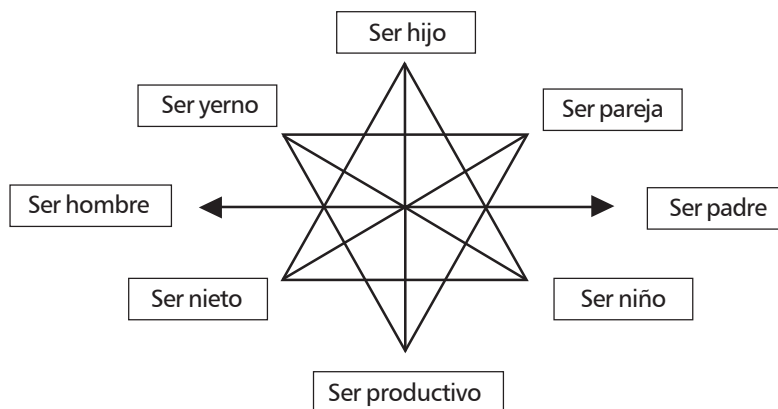
<sup>10</sup> Para una revisión más detallada del llamado “modelo hegemónico de la masculinidad”, y de sus efectos en la emoción de los varones, ver R. W. Connell. *Masculinidades*. PUEG, UNAM, México, 2003, capítulo 3: “La organización social de la masculinidad”. Michael Kaufman. “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”; y Josep-Vicent Marqués. “Varón y patriarcado”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, núm. 24. ISIS Internacional, FLACSO, Chile, 1997, pp. 63-81. José Olavarría. “Modelos de masculinidad y desigualdades de género”, en Carlos Lomas (comp.). *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Paidós Educador, Barcelona, 2004, pp. 45-63. Daniel Kindlon y Michael Thompson. *Educando a Caín. Cómo proteger la vida emocional del varón*. Atlántida, México, 2000. Finalmente, William Pollack, *¿Qué pasa con los muchachos de hoy?* Norma, México, 1999.



implicaciones de ejercicio de poder que derivan de esta identificación. En este sentido, la pirámide de la socialización complementa a la anterior para construir una *estructura simbólica tridimensional*, susceptible de leerse desde cada uno de los vértices simbólicos, y generadora de emociones que, concebidas como *interpretantes* dentro de cada una de las caras de la estructura tridimensional, alimentan la red de significados de la paternidad que se adscribe al modelo hegemónico de la masculinidad.

### Gráfico 3. Estructura tridimensional de la paternidad

#### 3.2. Intersección de las pirámides de significación

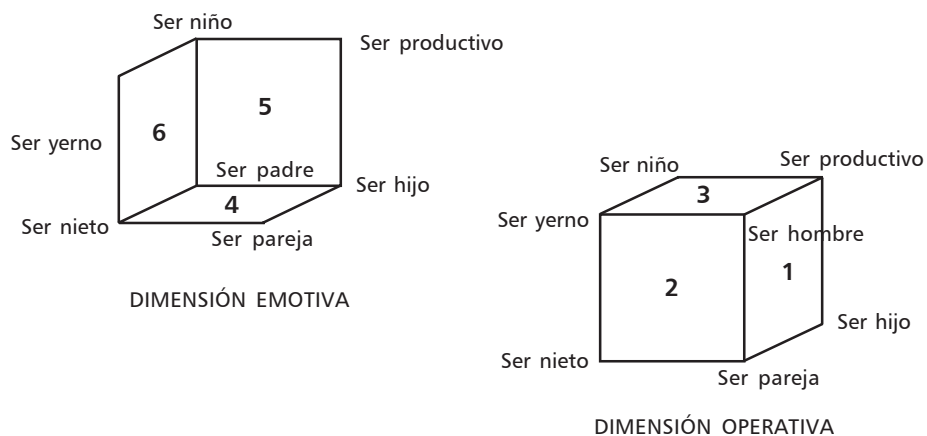


La estructura tridimensional de la paternidad, desde esta perspectiva, puede ayudar a comprender la formulación de ejes simbólicos desde los cuales tanto la identidad masculina como el ejercicio de



la paternidad están en interacción para resignificar a la primera desde la acción derivada de la segunda. Es decir: la identidad de género del varón empieza a sufrir transformaciones una vez que la noticia de la paternidad ha sido comunicada, porque esta última implica no sólo un cambio de estatus social e identitario, sino un conjunto complejo de emociones que resignifican la identidad masculina y repercuten en las actividades de su vida cotidiana: por ejemplo, cómo el varón reconstruye su identidad y su proyecto de vida a partir de la reflexión de su experiencia como niño, como hijo y como nieto, reflexión que se asocia directamente a la condición de padre y a los ejes simbólicos que lo contextualizan (ser productivo, ser pareja, ser yerno). Al mismo tiempo, la estructura tridimensional de la paternidad permite jugar con las variaciones situacionales del sujeto que asume este rol y los juegos de poder explícitos e implícitos dentro del mismo. De esta forma, la propuesta para analizar semióticamente la configuración identitaria de la paternidad está anclada en cada uno de los vértices de la pirámide y al mismo tiempo en las conexiones entre ellos, de modo que puede preverse una multiplicidad de discursos que reflejen cómo los actores sociales que ejercen el rol de la paternidad lo significan y lo apropian, según dos dimensiones generales: la dimensión operativa y la dimensión emotiva.

Este esquema representa la posibilidad de que los ejes simbólicos de la estructura tridimensional de la paternidad puedan leerse desde una perspectiva multidimensional; es decir, no basta la intersección entre las dos primeras pirámides para configurar una iden-

**Gráfico 4. Dimensiones situacionales del hombre como padre**

idad, pues el caso de la primera estructura correspondería exclusivamente al mundo simbólico interno del sujeto y se correría el riesgo de hacer un análisis psicológico antes que antropológico. Por ello es que haría falta distinguir cómo es que ese sujeto, con un mundo simbólico construido desde su experiencia, se ve afectado por otras dimensiones sociales: el trabajo, la relación con la familia, un modelo hegemónico que conduzca sus acciones y su ideología. Así, los ejes simbólicos representados en la doble estrella sirven también para identificar los recorridos de sentido que el hombre como padre puede construir situacionalmente. En la *dimensión operativa* es que podrían identificarse los distintos modos que el modelo hegemónico de masculinidad ofrece para que los hombres se articulen a él: pueden incluirse el hombre proveedor, el emplea-



do a medio tiempo o el hombre desempleado; el hombre macho, el “hombre blando” o el hombre “reconciliado” (Badinter, 1993: 175 y ss.); el hombre que tiene pareja, el soltero o el que se ha separado de ella (y de su familia) e incluso el viudo. Asimismo, pueden verse también las relaciones de poder y competitividad que, dentro del ámbito de lo familiar, se producirían: la relación con los suegros (la cual cristaliza una serie de significaciones sobre el rol del hombre para responder a su pareja como un ser productivo, que se identifica en el gráfico con la cara número 3 del cubo), o las discusiones entre la pareja respecto de esa misma productividad o de las posibilidades de construir una familia (que podrían incluirse dentro de la asociación simbólica representada en la cara número 1 del cubo).<sup>11</sup> Se asume que en esta dimensión operativa también existen emociones, aunque es posible que estén asociadas directamente con la significación que el sujeto varón ha hecho respecto del modelo de masculinidad y sus efectos en la configuración de su identidad individual.

En cambio, en la *dimensión emocional*, asociada directamente a la condición de padre, sería posible ver aquellas discursividades cargadas emocionalmente, que construyen tanto el imaginario sobre lo que un padre puede ser, como las acciones que ejecutaría para vivir su rol parental. Estaría, por un lado, la relación con la pareja, que conllevaría la construcción simbólica del padre en función no sólo de la relación

<sup>11</sup> Como puede notarse, algunos de los ejes simbólicos parecen perder sentido cuando se trata de encontrar asociaciones simbólicas entre cada uno de ellos. Es el caso de los ejes “ser nieto” y “ser hijo”, que aparentemente tienen poco que ver con la relación que la condición identitaria masculina pudiera tener con la pareja, los suegros o el trabajo. Sin embargo, estos ejes pueden considerarse hipotéticamente correctos, en tanto caben múltiples discursos que los asocian: por ejemplo, la experiencia del hombre como niño ayudaría a comprender el tipo de hombre que se es (dominante, controlador, reflexivo, expresivo emocionalmente), y las formas en que estas características se reflejan en la relación con la pareja, con los suegros y con las expectativas que se construyen por todos los miembros de la familia cuando se conforma en la pareja la posibilidad de la familia.



que se tenga con la pareja, sino del tipo particular de hombre que se es y de los deseos —cumplidos o por cumplir— que la existencia de un hijo o una hija producirían en el padre (cara número 4 del cubo). Por otro lado, podría verse el sentimiento de responsabilidad y las acciones que conlleva la crianza de un hijo (tal y como han sido tipificadas en el citado estudio del INEGI, o cualquier otra que el padre se autoimponga o asuma en conjunto con su pareja; esto estaría localizado en la cara 5 del cubo). Incluso podrían estudiarse algunas tensiones con otros miembros de la familia, como los suegros, cuando se trate de reconocer cómo es la construcción simbólica que, desde un punto de vista educativo no formal (normatividad del comportamiento, de las emociones), podría aparecer al momento de que se inicia la paternidad (cara número 6 del cubo).

La aplicación de este modelo semiótico al análisis de las identidades masculinas y paternas permitiría identificar, por un lado, cuáles son los contenidos simbólicos recurrentes y los atípicos en las paternidades actuales, así como también aquellos aspectos de la identidad que reflejen los supuestos acerca de las transformaciones que aparentemente está sufriendo el modelo tradicional de masculinidad. Por otro lado, serviría para discutir cómo los actores sociales (hombres y mujeres) pueden *transitar* en el lugar simbólico de la masculinidad y alimentar la reflexión respecto de las relaciones entre acción individual y cambio social, desde el marco multisituado de la vida cotidiana. En conjunto, las dos grandes dimensiones de la experiencia de paternidad (la operativa y la emocional), así como la estructura simbólica tridimensional que repre-





sentaría la historia del hombre como padre, sirven de ejemplo para comprender el alcance de la multisituacionalidad de este rol de género y complejizar aún más la interpretación de la tríada familiar antes descrita. Por ello es posible también trasladar ambas interpretaciones del rol de padre hacia la madre, de modo que puede imaginarse la composición simbólica de la tríada familiar como una relación extremadamente emocional y cargada de sentido. Ciertamente, otras disciplinas se encargan de analizar las relaciones que existen en la estructura de la familia nuclear, pero se intenta aquí dilucidar, desde una perspectiva de género, cómo es que se articularían los significados, las emociones, los conflictos, dentro de ella, y entender así las “relaciones significantes de poder” que Scott apuntó atinadamente al definir los límites del género como categoría analítica.

Por otra parte, la aplicación de este modelo hipotético de la configuración simbólica de la identidad de género (masculina y paternal), pondría sobre la mesa de discusión una crítica a la comprensión teórica del ejercicio parental en lo que concierne a la repartición de actividades domésticas por disposición de tiempo o condición de género, en tanto son prácticas que configuran un significado particular según la práctica individual y la reflexividad que hombres y mujeres realizan sobre ellas para adoptarlas como parte del conjunto de componentes simbólicos de su identidad. En otros términos, el modelo hipotético de configuración simbólica se acercaría más a la perspectiva teórica sobre el “curso de la vida” que propone una relación entre la experiencia de vida y los signifi-



cados que le asignan como trayectoria para constituir su identidad y así dotarla de sentido. Esto podría derivar en una comprensión más acuciosa de la posición simbólica que los actores sociales (hombres o mujeres) construyen en torno a las decisiones operativas y emocionales que se articulan al interior de la vida familiar, así como en una mejor comprensión de la relación que existe entre las transformaciones del mundo microsocioal de la vida cotidiana y las transformaciones que las identidades de género sufren en la actualidad, en un marco de comprensión multidimensional que las articula con la discusión posmoderna.

### Bibliografía

- AUGÉ, Marc. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa, Barcelona, 1995.
- BADINTER, Elizabeth. XY. *La identidad masculina*. Alianza, Madrid, 1993.
- BENDELOW, Gillian y J. Williams SIMON. *Emotions in Social Life. Critical Themes and Contemporary Issues*. Routledge, New Fetter Lane, Londres, 1998.
- “Introduction”, en *Emotions in Social Life. Critical Themes and Contemporary Issues*. Routledge, New Fetter Lane, Londres, 1998, pp. xv-xxx.
- y Nick CROSSLEY. “Emotion and Communicative Action. Habermas, Linguistic Philosophy and Existentialism”, en *Emotions in Social Life. Critical Themes and Contemporary Issues*. Routledge, New Fetter Lane, Londres, 1998, pp. 3-15.



- Arlie Russell HOCHSHILD. “The Sociology of Emotion As a Way of Seeing”, en *Emotions in Social Life. Critical Themes and Contemporary Issues*. Routledge, New Fetter Lane, Londres, 1998, pp. 16-38.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo. “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, en Revista *Papers*, núm. 62, Barcelona, 2000, pp. 147-176.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Tomo II: El poder de la identidad*. Siglo XXI, México, 1999.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’”, en CASTRO-GÓMEZ, Santiago (coord.) *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales*. CLACSO/UNESCO, Buenos Aires, 2000, pp. 145-161.
- CHANT, Sylvia y Nikki CRASKE. *Gender in Latin America*. Rutgers University Press, New Brunswick, 2003.
- CONNELL, Robert. *Masculinidades*. PUEG-UNAM, México, 2003.
- ESTRADA IGUÍNIZ, Margarita (coord.). *Familias en la crisis*. CIESAS, México, 1999.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. “Private Adjustments and Social Isolation. Household Responses to Economic Change in Mexico”, en *Series of Papers for Beijing+5 and Copenhagen+5*. United Nations Development Program, Nueva York, 2000.
- GIDDENS, Anthony. *Modernidad e identidad del yo*. Península, Barcelona, 1998.
- *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu, Buenos Aires, 1995.



- GUTMANN, Matthew. *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. El Colegio de México, México, 2000.
- *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Duke University Press, Durham, 2003.
- y Mara VIVEROS VIGOTA. “Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity”, pp. 27-57.
- y Agustín ESCOBAR LATAPÍ. “Men and Their Histories: Restructuring, Gender Inequality and Life Transitions in Urban Mexico”, pp. 84-114.
- y José OLAVARRÍA. “Men at Home? Child Rearing and Housekeeping Among Chilean Working-Class Fathers”, pp. 333-350.
- HARVEY, David. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu, Buenos Aires, 1998.
- INEGI. *Encuesta nacional sobre uso del tiempo*. INEGI, Aguascalientes, 2002.
- *Uso del tiempo y aportaciones en los hogares mexicanos*. INEGI, Aguascalientes, 2000.
- JENSEN, Klaus Bruhn. *The Social Semiotics of Mass Communication*. SAGE Publications, Londres, 1995.
- KINDLON, Daniel y Michael THOMPSON. *Educando a Caín. Cómo proteger la vida emocional del varón*. Atlántida, México, 2000.
- KITZINGER, Sheila. *Nacer en casa*. McGraw Hill Interamericana, Madrid, 1993.
- LOMAS, Carlos (comp.). *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Paidós, colección Educador, Barcelona, 2004.



- y José OLAVARRÍA. *Modelos de masculinidad y desigualdades de género*, pp. 45-63.
- MONTESINOS, Rafael. *Las rutas de la masculinidad*. Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento-México, Gedisa, Barcelona, 2002.
- MORA ROSAS, José Manuel. *Oferta esotérica en Guadalajara: Una visión sociosemiótica*. Tesis de maestría en comunicación, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2002.
- POLLACK, William. *Qué pasa con los muchachos de hoy*. Norma, México, 1999.
- VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.) “Masculinidad/es. Poder y crisis”. *Ediciones de las Mujeres*, núm. 24. ISIS Internacional, FLACSO, Chile, 1997, pp. 63-81.
- SAFA, Helen I. “Globalización, desigualdad e incremento de los hogares encabezados por mujeres”. Ponencia presentada en el Seminario *Globalización, género y hogares en América Latina*, realizado en el CIESAS-Occidente, Guadalajara, 15 de septiembre de 2005.
- SCOTT, Joan. “El género: Una categoría útil para el análisis histórico”, en LAMAS, Marta (comp.). *El género: la construcción social de la diferencia sexual*. PUEG/Porrúa, México, 2000, pp. 265-302.
- SIBLEY, David. *Geographies of Exclusion. Society and Difference in the West*. Routledge, Londres, 1999 (7<sup>th</sup> impression, 2004); Cap. 5: “Bounding Space, Purification and Control”, pp. 72-89; Cap. 6: “Spaces of Exclusion: Home, Locality, Nation”, pp. 90-114.
- WAINERMAN, Catalina. “Padres y maridos. Los varones en la familia”, en WAINERMAN, Catalina (comp.). *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. FCE, Buenos Aires, 2002, pp. 199-224.



WIERZWIKA, Anna. *Emotions Across Languages and Cultures: Diversity and Universals*. Cambridge University Press, Edition de la Maison des Sciences del l'Homme, Paris-Cambridge, 1999.

*Referencias electrónicas*

BARRERÉ-MAURISSON, Marie-Agnès, Sabine RIVIER y Olivier MARCHAND.

“Tiempo de trabajo, tiempo parental. La carga parental: un trabajo de media jornada”, en Revista *Trabajo y Género*, núm. 2, marzo de 2001, Argentina, en: <http://168.83.32.24/www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/trabajoygenero/docbarrere.pdf>

BARRÓN LÓPEZ, Sara. “Familias monoparentales: Un ejercicio de clarificación conceptual y sociológica”, en Revista del *Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, España, 2002, en: <http://www.mitas.es/publica/revista/numeros/40/Estudios01.pdf>, visitado el 21/08/2005.

MARCUS, George. “Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, 1995, pp. 95-117, en: <http://links.jstor.org/sici?sici=0084-6570%281995%292%3a24%3C95%3AETWST&3E2.=CO%3B2-H>

— “Manifiesto de paternidad afectiva”, Colectivo CORIAC en: <http://www.coriac.org.mx>

— “Padres por la igualdad parental”: <http://www.geocities.com/papahijo2000/declara1.html>

*Referencias de publicaciones*

MARTÍN BARBERO, Jesús. “Reconfiguraciones comunicativas de lo público”, en Revista *Análisis* 26, Universitá de Barcelona, Barcelona, 2001.



MORA ROSAS, José Manuel. “Emoción, género y vida cotidiana: Apuntes para una intersección antropológica de la paternidad”, en *Revista Espiral*. CUCSH, Universidad de Guadalajara, septiembre, 2005, pp. 9-35.

PITTMAN, Frank. “El miedo a ser padre”, en *Revista Unomismo*, vol. IV, núm. 9, Argentina, 1993, pp. 60-61.

